

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz:—«No, dijo: basta que yo haya pasado sobre ese puente con mi ejército.»

Alejandro tenía algo de tranquilo y de triste; paseábase en París á caballo ó á pié, sin séquito y sin afectación. Tenía el aire sorprendido de su triunfo, y sus miradas, casi enternecidas, erraban sobre una población á quien parecía considerar como superior á él: hubiérase dicho que él se consideraba un bárbaro en medio de nosotros, como un romano se sentía lleno de vergüenza en Atenas. Tal vez pensaba también en que aquellos franceses habían aparecido en su capital incendiada, y que á su vez sus soldados eran dueños de ese París donde hubiera podido encontrar algunas de las antorchas por quienes Moscú fue libertada y consumida á un tiempo. Este destino, esta fortuna vacilante, esta miseria común de los pueblos y de los reyes, debían herir profundamente un espíritu tan religioso como el suyo.

BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.—LA REGENCIA EN BLOIS.

¿Qué hacía el vencedor de Borodino? Tan pronto como supo la resolución de Alejandro, envió al mayor de artillería, Maillard de Lescourt, la orden de hacer volar el puente de Grenelle. Rostopschimo había puesto fuego á Moscú, pero antes había hecho salir á los habitantes. De Fontainebleau, adonde había vuelto Napoleón, avanzó hasta Villejuif, y desde aquí derramó una mirada sobre París: soldados extranjeros custodiaban las puertas, y el conquistador se acordaba de los días en que sus granaderos vigilaban sobre las murallas de Berlín, de Moscú y de Viena.

Los sucesos destruyen los sucesos. La regencia se había retirado á Blois, y Bonaparte ordenado que la emperatriz y el rey de Roma saliesen de París, queriendo mejor, decía, verlos en el fondo del Sena, que reconducidos á Viena en triunfo; pero al mismo tiempo había intimado á José que permaneciera en la capital. La retirada de su hermano le enfureció, y acusó al rey de España de haberlo perdido todo. Los ministros, los miembros de la regencia, los hermanos de Napoleón, su mujer y su hijo, llegaron mezclados á Blois, donde estaban las carrozas del rey que fueron arrastradas por los lodos de la Beauce á Chambord, único pedazo de la Francia dejado al heredero de Luis XIV. Algunos ministros pasaron mas allá, y fueron á ocultarse en Bretaña, mientras que Cambaceres se hacía llevar en una silla de manos por las pendientes calles de Blois. Corrían diversos rumores; hablábase de dos partidos y de una requisición general, y durante muchos días se ignoró lo que pasaba en París, hasta que cesó la incertidumbre con la llegada de un trágico, cuyo pasaporte tenía la firma de Sacken. Pronto llegó á la posada de la *Galere* el general ruso, Schouwaloff, que repentinamente fue sitiado por los grandes, solícitos en obtener de él un pase para salvarse por donde pudieran. Sin embargo, antes de salir de Blois, cada uno se hizo pagar de los fondos de la regencia sus gastos de viaje y los atrasos de sus sueldos: en una mano tenían el pasaporte, en la otra el dinero, y al mismo tiempo tenían cuidado de enviar su adhesión al gobierno provisional. El príncipe Esterhazy vino en busca de María Luisa y de su hijo de parte de Francisco II, y José y Gerónimo se retiraron á Suiza, después de haber querido inútilmente forzar á la emperatriz á que siguiese su suerte; pero María Luisa se apresuró á unirse con su padre. Medianamente adicta á Bonaparte, encontró el medio de consolarse, y se felicitó de verse libre de la doble tiranía del esposo y del amo. Cuando Bonaparte devolvió el año siguiente esta confusión de fuga á los Borbones, estos, apenas arrancados á sus tribulaciones, no habían tenido catorce años de una prosperidad inaudita para acostumbrarse á las comodidades del trono.

PUBLICACION DE MI FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.

Entre tanto Napoleón no estaba todavía destronado; mas de cuarenta mil de los mejores soldados de la tierra estaban enredados suyo; podía retirarse detrás del Loira; los ejércitos franceses que llegaban de España zumbaban en el Mediodía; la ardiente población militar podía aun derramar sus lavas, y hasta entre los mismos gefes extranjeros se trataba aun de Napoleón ó de su hijo para reinar en Francia. Por espacio de dos días vaciló Alejandro. Como ya he dicho, monsieur de Talleyrand se inclinaba secretamente á la política que tendía á coronar al rey de Roma, porque temía á los Borbones; y si entonces no entraba completamente en el plan de la regencia de María Luisa, era porque, no habiendo muerto Napoleón, temía, como príncipe de Benevento que era, no poder ser el amo durante una minoría amenazada por la existencia de un hombre inquieto, emprendedor, y aun en la fuerza de la edad.

En estos días críticos fue cuando lancé mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, para hacer inclinar la balanza: sabido es el efecto que produjo. Yo me lancé á cuerpo descubierto en el combate para servir de escudo á la libertad renaciente contra la tiranía aun en pié, y cuya desesperación triplicaba sus fuerzas. Yo hablaba en nombre de la legitimidad, á fin de añadir á mis palabras la autoridad de los negocios positivos, y enseñé á la Francia lo que era la antigua familia real: dije cuántos miembros existían de esta familia y cuáles eran sus nombres y su carácter; pero todo era como si hubiese hecho la enumeración de los hijos del emperador de la China, pues tanto habían invadido lo presente la república y el imperio, y relegado los Borbones á lo pasado. Ya he dicho muchas veces que Luis XVIII declaró que mi folleto le había servido de mas que un ejército de cien mil hombres, y hubiera podido añadir que fue también para él un certificado de vida. Yo contribuía á darle por segunda vez la corona por la feliz terminación de la guerra de España.

Desde el principio de mi carrera política fue popular entre la multitud; pero desde entonces perdí también mi fortuna cerca de los hombres poderosos. Todo el que había sido esclavo de Bonaparte me aborrecía, y por otro lado era sospechoso á todos los que querían poner á la Francia en vasallaje. En el primer momento solo tuve en favor mio, entre los soberanos, al mismo Bonaparte que leyó mi folleto en Fontainebleau. Habiáselo llevado el duque de Bassano, y lo discutí con imparcialidad, diciendo:—«Esto es justo, esto no es justo; ningún cargo tengo que hacer á Chateaubriand, que me ha resistido durante mi poder; pero esos canallas de...!» y los nombraba.

Mi admiración por Bonaparte siempre ha sido grande y sincera, aun cuando le atacaba con la mayor viveza.

La posteridad no es tan equitativa en sus decisiones como se dice, pues hay pasiones y errores de distancia, como hay pasiones y errores de proximidad. Cuando la posteridad admira sin restricción, se escandaliza de que los contemporáneos del hombre admirado no tuviesen de él la idea que ella tiene. Esto se explica sin embargo: las cosas que chocan en ese personaje han pasado; sus debilidades han muerto con él, y solo ha quedado de lo que fue, su vida imperecedera; pero el mal que causó no es por eso menos real; mal en sí mismo y en su esencia, mal sobre todo para aquellos que lo han soportado.

La moda del día es engrandecer las victorias de Bonaparte: los pacientes han desaparecido y no se oyen ya las imprecaciones y los gritos de dolor y de angustia de las víctimas: ya no se ve la Francia agotada labrando su suelo por medio de sus mujeres; ya no se

ven los habitantes de las aldeas heridos solidariamente con penas aplicables á un refractario; ya no se ven esos bandos de conscripciones pegados en las esquinas de las calles, ni los transeúntes agrupados delante de estas inmensas sentencias de muerte, buscando consternados en ellas los nombres de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus vecinos; olvidase que todo el mundo se lamentaba de los triunfos; olvidase que la menor alusión contra Bonaparte en las piezas dramáticas que se escapaban á los censores era acogida con trasporte; olvidase que el pueblo, la corte, los generales, los ministros estaban cansados de su opresión y de sus conquistas, cansados de esa partida siempre ganada y jugada siempre, de esa existencia puesta en el tormento todos los días por la imposibilidad del descanso.

La realidad de nuestros padecimientos se demuestra por la catástrofe misma; ¿si la Francia hubiera sido fanática por Bonaparte, le hubiera abandonado dos veces brusca y completamente sin tentar el último esfuerzo por conservarlo? Si la Francia lo debía todo á Bonaparte, gloria, libertad, orden, prosperidad, industria, comercio, manufacturas, monumentos, literatura, bellas artes; si, antes de él, la nación nada había hecho ella misma; si la república, desprovista de genio y de valor, no había defendido ni ensanchado el suelo, la Francia ha sido muy ingrata y cobarde dejando caer á Napoleón en manos de sus enemigos, ó al menos no protestando contra el cautiverio de semejante bienhechor.

Este cargo, que se tendría derecho para hacernos, no se nos hace sin embargo. ¿Y por qué? Porque es evidente que en el momento de su caída, la Francia no ha pretendido defender á Napoleón, pues, al contrario, lo ha abandonado voluntariamente: en medio de nuestros amargos disgustos ya no reconocíamos en él mas que al autor de nuestras miserias. Los aliados no nos han vencido; nosotros hemos sido los que, eligiendo entre dos azotes, hemos renunciado á derramar nuestra sangre, que ya no corría por nuestras libertades.

Sin duda que la república había sido muy cruel; pero todos esperaban que pasaría, y que tarde ó temprano recobraríamos nuestros derechos, conservando las conquistas preservadoras que nos había dado sobre los Alpes y sobre el Rin. Todas las victorias que conseguía eran ganadas en nuestro nombre: con ella solo se trataba de la Francia; siempre era la Francia quien había triunfado y vencido; nuestros soldados los que lo habían hecho todo, y para los cuales se instituían fiestas triunfales ó fúnebres, y los generales (que los había muy grandes) obtenían una plaza honrosa, pero modesta, en los recuerdos públicos: tales fueron Marceau, Moreau, Hoche y Joubert, los dos primeros destinados á ocupar el lugar de Bonaparte, que, naciente á la gloria, pasó repentinamente sobre el general Hoche, é ilustró con su envidia á este guerrero pacificador, muerto de pronto después de sus triunfos de Altenkirken, de Neuwied y de Kleinmister.

Bajo el imperio desaparecimos; ya no se trató mas de nosotros, y todo correspondía á Bonaparte: *He ordenado, he vencido, he hablado: mis águilas, mi corona, mi sangre, mi familia, mis súbditos.*

¿Qué sucedió, sin embargo, en estas dos posiciones á la vez semejantes y opuestas? Nosotros no abandonamos la república en sus reveses; ella nos mataba, pero nos honraba; nosotros no teníamos la vergüenza de ser la propiedad de un hombre, y gracias á nuestros esfuerzos, la Francia no fue invadida; derrotados los rusos mas allá de los montes, vinieron á esparir en Zurich.

En cuanto á Bonaparte, á pesar de sus enormes adquisiciones, ha sucumbido, no porque fuera vencido, sino porque la Francia no lo quería ya. ¡Gran

lección, que nos haga recordar para siempre que hay causa de muerte en todo lo que hiere la dignidad del hombre!

Los ánimos independientes de todo matiz y de toda opinión usaban de un lenguaje uniforme en la época de la publicación de mi folleto. Lafayette, Camille Jordan, Ducis, Lemerrier, Lanjuinais, Mad. de Staël, Chenier, Benjamin Constant, Lebrun, pensaban y escribían como yo. Lanjuinais decía: «Nosotros hemos ido á buscar un señor entre hombres á quienes los romanos no querían por esclavos.»

Chenier no trataba con mas favor á Bonaparte.

«Un corso ha devorado el patrimonio de los franceses, la flor de sus héroes ha sido truncada en el campo de batalla, mártires arrastrados al cadalso por el amor de la gloria, y que han caído sustentando otra esperanza. Demasiada sangre, demasiadas lágrimas de las que un solo hombre debe ser responsable han inundado la Francia.»

También yo excesivamente crédulo he celebrado largo tiempo sus conquistas en el Foro, en el Senado, en nuestras diversiones y en nuestras solemnidades.

Mas cuando á manera de un prófugo que vuelve á sus hogares, trocó sus laureles por el imperio, no adulé su brillante *infamia*; mi voz tronó siempre contra la opresión, y mientras que el tirano veía á sus piés una nube de aduladores que le vendían los intereses de la nación juntamente con sus versos llenos de lisonjas, no pudo menos de echar de ver mi ausencia porque yo he cantado la gloria, pero no la tiranía.»

(Promenade 1805.)

Mad. de Staël hace un juicio no menos riguroso de Napoleón:

«¿No sería una gran lección para la especie humana, si estos directores (los cinco miembros del directorio), hombres muy poco guerreros, se levantasen del polvo y pidiesen cuenta á Napoleón de las fronteras del Rin y de los Alpes, conquistadas por la república; cuenta de los extranjeros llegados dos veces á París; cuenta de los tres millones de franceses que han perecido desde Cádiz hasta Moscú; cuenta, sobre todo, de esa simpatía que las naciones experimentaban por la causa de la libertad en Francia, y que ahora se ha cambiado en aversión inveterada.»

(Consideraciones sobre la revolución francesa.)

Escuchemos á Benjamin Constant:

«El que, hacia doce años, se proclamaba destinado á conquistar el mundo, ha terminado con todas sus pretensiones... Aun antes de que su territorio fuese invadido, es acometido de una turbación que no puede disimular. Apenas tocan sus límites, tira lejos todas sus conquistas; exige la abdicación de uno de sus hermanos; consagra la expulsión de otro, y, sin que se lo pidan, declara que renuncia á todo.»

«En tanto que los reyes, aun vencidos, no abjuraban de su dignidad, ¿por qué el vencedor de la tierra cede al primer fracaso? Los gritos de su familia, nos dice, desgarran su corazón. ¿No eran también de esa familia los que perecían en Rusia en la triple agonía de las heridas, del frío y del hambre? Pero mientras que ellos espiraban abandonados por su gefe, este gefe se creía en seguridad, y ahora el peligro de que participa le da una sensibilidad súbita.»

«El miedo es un mal consejero: allí, sobre todo, donde no hay conciencia; en la adversidad como en la dicha, no hay mas medida que la moral. Donde la moral no gobierna, la dicha se pierde por la clemencia, y la adversidad por el envilecimiento.»

¿«Qué efecto debe producir en una nación valerosa

ese ciego terror, esa pusilanimidad repentina, sin ejemplo, aun en medio de nuestras borrascas? El orgullo nacional encontraba (y era un mal) una especie de indemnización en no ser oprimido sino por un jefe invencible. ¿Qué resta hoy día? Nada de prestigio ni de triunfos; un imperio mutilado; la execración del mundo; un trono cuyas pompas son ajadas; sus trofeos derribados, y que por toda comitiva solo tiene las sombras errantes del duque de Enghien, de Pichegru y de tantos otros como fueron degollados para fundarlo.»

(Del espíritu de conquista.)

¿He ido yo tan lejos como esto en mi escrito *De Bonaparte y de los Borbones*? Las proclamas de las autoridades en 1814, que voy á reproducir, ¿no han repetido, afirmado y confirmado estas opiniones diversas? Que las autoridades que se expresan de esta suerte nayan sido cobardes y degradadas por su primera adulación, ninguna fuerza quita esto á sus argumentos.

Yo podría multiplicar las citas; pero solo recordaré dos, á causa de la opinión de dos hombres: Beranger, este constante y admirable admirador de Bonaparte, no cree deber escusarse á sí propio: «Mi admiración entusiasta y constante por el genio del emperador, jamás me cegó sobre el despotismo siempre creciente del imperio.» Pablo Luis Courier, hablando del advenimiento de Napoleón al trono, dice: «¿Qué significa, dime... un hombre como él, Bonaparte, soldado, el primer capitán del mundo, querer que le llamen ¡majestad! ¡Ser Bonaparte y hacerse señor! Aspira á descender; pero no: cree subir igualándose á los reyes: él ama más un título que un nombre. ¡Pobre hombre! Sus ideas son inferiores á su fortuna. César lo entendía mucho mejor, y no tomó títulos gastados; pero hizo de su nombre un título superior al de los reyes.» Los talentos vivos han tomado el camino de la misma independencia: Mr. de Lamartine en la tribuna, Mr. de Latouche en el retiro, y en dos ó tres de sus mas bellas odas Mr. Victor Hugo ha repetido estos nobles acentos:

En la oscuridad de los atentados, en el brillo de las victorias, ese hombre que desconocía al Dios que lo había enviado, etc.

El juicio europeo participaba también de la misma severidad. Entre los ingleses solo citaré el sentimiento de los hombres de oposición, los cuales acomodaban y justificaban todo lo de nuestra revolución. Leed á Mackintosh en su defensa de Pelletier: Sheridan, con motivo de la paz de Amiens, decía al parlamento: «Cualquiera que llegue á Inglaterra, saliendo de Francia, cree escapar de un torreón para respirar el aire y la vida de la independencia.»

Lord Byron, en su oda á Napoleón, le trata de la manera mas indigna:

¡Tis donc-but yesterday á King!  
And arm'd With Kings to Strive,  
And now thou art a namless thing  
So abject-yet alive.

«Se acabó ¡ayer eras rey y tenias armas para combatir á los reyes! Y hoy eres una cosa sin nombre, tan despreciable! sin embargo aun vives.»

La oda entera es por este estilo: cada estrofa vence á la otra, lo cual no ha impedido á lord Byron celebrar la tumba de Santa Elena. Los poetas son pájaros: todo ruido les hace cantar.

Cuando las mas escogidas inteligencias se encuentran de acuerdo en un juicio, ninguna admiración ficticia ó sincera, ningun arreglo de hechos ni sistema imaginario podrian invalidar la sentencia. ¡Qué! ¿Se podría, como lo hizo Napoleón, sustituir su voluntad á las leyes, perseguir toda vida independiente, regocijarse en deshonorar los caracteres, en perturbar las

existencias, en violentar las costumbres particulares, tanto como las libertades públicas; y las oposiciones generosas que se alzaron contra estas enormidades serian declaradas calumniosas y blasfemas? ¿Quién querría defender la causa del débil contra el fuerte, si el valor, expuesto á la venganza de las veleidades de lo presente, debiera aun esperar la bafa de las cobardías del porvenir?

Esta minoría ilustre, formada en parte de los hijos de las Musas, se hizo gradualmente la mayoría nacional: al fin del imperio, todo el mundo detestaba el despotismo imperial. Un cargo grave se unirá siempre á la memoria de Bonaparte: hizo tan pesado su yugo que el sentimiento hostil contra el extranjero se debilitó, y una invasión, deplorable hoy en recuerdos, tuvo, en el momento de consumarse, cierto carácter de regeneración libre; esta es la misma opinión republicana, enunciada por mi desgraciado y valiente amigo Carrel. «La vuelta de los Borbones, había dicho á su vez Carnot, produjo en Francia un entusiasmo universal; fueron acogidos con una efusión inexplicable, y los antiguos republicanos participaron sinceramente de la alegría comun. Napoleón lo había oprimido particularmente tanto, y de tal modo habían sufrido todas las clases de la sociedad, que no se encontraba nadie que no estuviese realmente en la embriaguez.»

Solo falta á la sancion de estas opiniones una autoridad que las confirme: Bonaparte se ha encargado de certificar su verdad. Despidiéndose de sus soldados en el patio de Fontainebleau, confiesa en voz alta que la Francia le rechaza: «La Francia misma, dice, ha querido otros destinos.» Confesion inesperada y memorable, cuyo peso nada puede disminuir, ni nada amenguar su valor.

Dios en su paciente eternidad, manifiesta tarde ó temprano la justicia; en los momentos del sueño aparente del cielo, siempre será hermoso que vele la reprobación de un hombre honrado, y que permanezca como un freno absoluto poder. La Francia no renegará de las almas nobles que reclamaron contra su servidumbre, cuando todo estaba prosternado, cuando había tantas ventajas en estarlo, tantas mercedes que recibir por adulaciones, tantas persecuciones que recoger por sinceridades. ¡Honor, pues, á los Lafayette, á los Stael, á los Benjamin Constant, á los Ducis, á los Lemercier, á los Lanjuinais y á los Chenier, que en pié en medio de la multitud rastrera de los pueblos y de los reyes, osaron despreciar la victoria y protestar contra la tiranía!

Revisado en 22 de febrero de 1846.

#### DECRETO DE DESTITUCION DADO POR EL SENADO.

El 22 de abril, los senadores, á quienes solo se debe un artículo de la Carta de 1814, el innoble artículo que les conserva sus pensiones, decretaron la destitución de Bonaparte. Si este decreto libertador para la Francia, infame para los que lo dieron, hace una afrenta á la especie humana, al mismo tiempo enseña á la posteridad el precio de las grandezas y de la fortuna, cuando estas han desdeñado asentarse sobre las bases de la moral, de la justicia y de la libertad.

#### Decreto del Senado conservador.

«El senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional solo existe el monarca en virtud de la constitución ó del pacto social;

«Que Napoleón Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, había dado á la nación motivos para contar para el porvenir con actos de sabiduría y de justicia; pero que en seguida ha desgarrado el pacto que le unia al pueblo francés; espe-

cialmente levantando impuestos, estableciendo contribuciones fuera de la ley, contra el tenor expreso del juramento que había prestado á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 de las constituciones de 28 de floreal, año xii;

«Que ha cometido este atentado á los derechos del pueblo en el momento en que acababa de aplazar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir, como criminal, un dictámen de este cuerpo, al cual disputaba su título y su derecho á la representación nacional;

«Que ha emprendido una serie de guerras en contravención al artículo 50 del acta de las constituciones del año viii, que manda que la declaración de guerra sea propuesta, discutida, decretada y promulgada como ley;

«Que inconstitucionalmente ha dado muchos decretos con pena de muerte, especialmente los dos de 5 de marzo último, tendiendo á hacer considerar como nacional una guerra que solo estaba en el interés de su ambición desmesurada;

«Que ha violado las leyes constitucionales por sus decretos sobre los prisioneros de estado;

«Que ha anulado la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes y destruido la independencia de los cuerpos judiciales;

«Considerando que la libertad de la prensa, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nación, ha sido constantemente sometida á la censura arbitraria de su policía, y que al mismo tiempo siempre se ha valido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de máximas falsas, de doctrinas favorables al despotismo y de ultrajes contra los gobiernos extranjeros;

«Que actas y dictámenes aprobados por el senado han sufrido alteraciones en la publicación que de ellos se ha hecho;

«Considerando que en vez de reinar con la sola mira del interés, de la felicidad y de la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleón ha puesto el colmo á las desdichas de la patria por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional obligaba á aceptar y que no comprometian el honor francés; por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le confiaron en hombres y en dinero; por el abandono de los heridos, sin socorros ni subsistencias; por diferentes medidas, cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblación de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas;

«Considerando que por todas estas causas el gobierno imperial establecido por el senado-consulta de 28 floreal, año xii, ó 18 de mayo de 1804, ha dejado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses llama un orden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y también la época de una reconciliación solemne entre todos los estados de la gran familia europea, el Senado declara y decreta lo que sigue: *Napoleón queda destituido del trono; el derecho hereditario, abolido en su familia; y el pueblo francés y el ejército, libres de su juramento de fidelidad hacia él.*»

El Senado romano fue menos duro cuando declaró á Neron enemigo público: la historia no es mas que una repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y á tiempos diversos.

¿Podrá representarse al emperador leyendo el documento oficial en Fontainebleau? ¿Qué debía pensar de lo que había hecho y de los hombres que había llamado á la complicidad de su opresión á nuestras libertades? Cuando yo publicaba mi folleto de *Bonaparte y de los Borbones*, ¿podía esperarme verlo amplificado y convertido en decreto de destitución por el Senado? ¿Qué impidió á estos legisladores en los días de la prosperidad descubrir los males de que

acusaban como autor á Bonaparte, de apercibirse de que la constitución había sido violada? ¿Qué celo acometía de repente á estos mudos para la libertad de la prensa? Los que habían colmado de adulaciones á Napoleón á la vuelta de cada una de sus guerras, ¿cómo encontraban ahora que solo las había emprendido en interés de su ambición desmesurada? Los que le habían echado tantos conscritos que devorar, ¿cómo se enternecían de repente por los soldados heridos, abandonados, sin socorros y sin subsistencias? Hay tiempos en que no debe dispensarse el desprecio sino con economía, á causa del gran número de necesitados: y tengo lástima de estos, porque aun tendrán necesidad de aquel durante y después de los Cien días.

Cuando pregunto lo que pensaba Napoleón en Fontainebleau de los actos del Senado, su respuesta estaba ya dada: la órden del día 14 de abril de 1814, no publicada oficialmente, sino en diversos periódicos, daba gracias al ejército por su fidelidad, añadiendo:

«El Senado se ha permitido disponer del gobierno francés; ha olvidado que debe al emperador el poder de que abusa ahora; que él es quien ha salvado una parte de sus miembros de la tormenta de la revolución, y sacado de la oscuridad y protegido á la otra contra el odio de la nación. El Senado se funda en los artículos de la constitución para destruirla, y no se ruboriza de hacer cargos al emperador sin notar que, como primer cuerpo del estado, ha tomado parte en todos los sucesos. El Senado no se ruboriza de hablar de libelos publicados contra los gobiernos extranjeros olvidando que fueron redactados en su seno. Tan largo tiempo como la fortuna se ha mostrado fiel á su soberano, estos hombres han permanecido fieles, y ninguna queja ha sido oída sobre los abusos del poder. Si el emperador hubiera despreciado á los hombres, como le han echado en cara, hoy conocería el mundo que había tenido razones que motivaban su desprecio.»

Este es un homenaje rendido por Bonaparte mismo á la libertad de la prensa: algo de bueno debió creer que tenía, cuando ella le proporcionaba el último refugio y el último socorro.

Y yo, que me defiendi contra el tiempo; yo, que pretendo hacerle dar cuenta de lo que ha visto; yo, que escribo esto, tan lejos de los sucesos pasados, bajo el reinado de Felipe, heredero contrahecho de tan grande herencia, ¿qué soy yo entre las manos de ese tiempo, gran devorador de los siglos que creía detenidos, de ese tiempo que me hace dar vueltas con él en el espacio?

PALACIO DE LA CALLE DE SAINT-FLORENTIN.—MR. TALLEYRAND.

Alejandro se había apeado en casa de Mr. de Talleyrand. Yo no asistí á los conciliabulos que pueden leerse en las relaciones del abate de Pradt y de otros que manejaban con sus asquerosas y pequeñas manos la suerte de uno de los mas grandes hombres de la historia, y el destino del mundo. Yo no figuraba para nada en la política exterior á las masas, y no había intrigante subalterno que no tuviese en las antecámaras mas derechos y mas favor que yo; hombre futuro de la restauración posible, yo esperaba en la calle al pié de las ventanas.

Por las maquinaciones del palacio de la calle de Saint Florentin, el Senado conservador nombró un gobierno provisional compuesto del general Bournonville, del senador Jaucourt, del duque de Dalberg, del abate de Montesquieu y de Dupont de Nemours: el príncipe de Benéviento se apoderó de la presidencia.

Encontrando este nombre por la vez primera, yo debía hablar del personaje que tomó en los negocios

de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo á Mr. de Talleyrand en París cuando la entrada de los aliados, fue la causa de su prosperidad al principio de la restauración. El emperador de Rusia lo conocía por haberlo visto en Tilsit. En la ausencia de las autoridades francesas Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conserje se apresuró á ofrecerle.

Desde entonces pasó Mr. de Talleyrand por el árbol del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Componiendo el gobierno provisional á su gusto, calocó en él á los *partners* de su *wish*: el abate de Mostesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la restauración fueron confiadas á la infecundidad del obispo de Autun, que comunicó á aquella un germen de esterilidad y de muerte.

MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL.—CONSTITUCION PROPUESTA POR EL SENADO.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas á los soldados y al pueblo.

«Soldados, decían á los primeros: la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gimió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habeis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es tiempo de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer á aquel que la destruye, que ha querido hacer vuestro nombre odioso á todas las naciones, y que tal vez habria comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiese debilitar jamás el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

«Así, á los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no es *ya ni aun francés*! Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla á Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y tomar el dinero que le ofrecían por la rendición de la plaza. Obligado á reconocer al rey, respondió:—«Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él habia dado su fe á Mr. de Mayenne; que, por lo demás, Brisac era un traidor á quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una nueva proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al salir de vuestras discordias civiles, decía, elegisteis por jefe á un hombre que aparecía en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía no ha fundado mas que el despotismo, cuando al menos *por agradecimiento debia hacerse francés con nosotros; pero jamás lo ha sido*. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que quiere ser famoso. Tal vez sueña aun en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No ha sabido reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que queria crear, y creado todo lo que queria destruir. Solo creía en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de una ambición insensata.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas: ¿pero quién daba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folletillo al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecía enteramente? El mismo día, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiese exis-

tido el arco de triunfo, lo abrían derribado. Mailhes, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambaceres, que saludó el primero á Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitución, que descansaba casi sobre las bases de la carta futura: el Senado era mantenido como cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y á su título de mayorazgo se agregaba su dotación de senadores: la constitución hacia estos títulos y mayorazgos transmisibles á los descendientes del poseedor.

La sordida desvergüenza de estos senadores, que en medio de la invasión de su patria no se pierden de vista un momento, choca aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido mas cómodo á los Borbones adoptar á su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: incorporándose las libertades naturales en ausencia del brazo que las encorbaba, hubieran vuelto á tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresión. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y esta era la opinión de Bonaparte en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar mas que el instrumento de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS.—ABDICACION DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en cualidad de lugarteniente general del reino. Trescientos ó cuatrocientos hombres á caballo salieron á su encuentro, y yo iba en la comitiva. El conde encantaba por su buena gracia diferente de las maneras del imperio. Los franceses reconocían con placer en su persona sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparición de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte amenazador todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvía á poner el pie en el suelo francés sino para ver asesinar en él á su hijo y para volver á morir en esa tierra de destierro de donde venía: hay hombres á quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fui presentado al hermano del rey, al cual habian hecho leer mi folleto, pues de otro modo no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás sin duda habia oído hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y largo tiempo, solo se acuerda uno de sí mismo, pues el infortunio personal es un compañero un poco frío, pero exigente, que no deja lugar á ningun otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

La víspera de la entrada del conde de Artois, despues de haber negociado inútilmente Napoleón con Alejandro por la mediación de Mr. de Caulaincourt, habia hecho conocer el acta de su abdicación:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningun sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de los franceses.»

A estas brillantes palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentis menos solemne;

solo necesitó para ello el tiempo de ir á la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Llegado este día, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de la Europa, se formaron en ala en el patio grande como en su último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Bonaparte dirigió estas palabras á los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy contento de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

«Las potencias aliadas han armado toda la Europa contra mí: una parte del ejército ha hecho traición á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

«Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil por espacio de tres años; pero la Francia habria sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

«¡Sed fieles al nuevo rey que la Francia se ha elegido, y no abandonéis nuestra querida patria, demasiado largo tiempo desdichada! ¡Amadla siempre, amad bien á esta querida patria!

«No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

«Hubiera podido morir, y nada me habria sido mas fácil, pero yo seguiré sin cesar el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

«No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adios, hijos míos...! Mis votos os acompañaran siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Napoleón levantó su tienda que cubria al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEON Á LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte habia pedido á la alianza que le acompañasen unos comisionados á fin de ser protegido por ellos hasta la isla que los soberanos le concedían en toda propiedad y en herencia. El conde Schouwaloff fue nombrado por la Rusia; el general Kohler por el Austria, el coronel Campbell por la Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por la Prusia; este último ha escrito el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau á la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que mas han afligido á Napoleón. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando hacia fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito de Mr. de Gentz, titulado *La Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicación de este escrito todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía á la Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron á la marcha en Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacia los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Excusábase de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que habia hecho mal, pero que entonces tenia otras miras:—«Yo no he sido usurpador, añadía, porque no he aceptado la corona si-

no en virtud del voto unánime de la nación, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, no siendo llamado al trono sino por un Senado vil, entre cuyos miembros hay mas de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»

El conde de Waldbourg prosigue así su relación: «El emperador se puso en marcha el 21 á medio día, despues de haber tenido otra vez con el general Kohler una larga conversacion, cuyo resúmen es este:—«¡Pues bien! Ya oísteis ayer mi discurso á la antigua guardia, discurso que os agradó y que visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, jamás hará nada del soldado francés. . . . .»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins vimos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de *vivan los aliados*! El coronel Campbell tomó la delantera en Lyon para buscar en Tolon ó en Marsella una fragata inglesa que, segun los deseos de Napoleón, pudiese conducirlo á su isla.

«En Lyon, por donde pasamos á las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron ¡viva Napoleón! El 24 á medio día nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. El emperador y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos á Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo:—«¿Dónde vas de ese modo? le dijo el emperador tomándole por un brazo; ¿vas á la corte?» Augereau respondió que por el momento iba á Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos, siguiendo el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta con respecto á él, y le dijo:—*Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nación en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse á él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!* Augereau se puso entonces á tutear á Bonaparte, y le hizo á su vez amargas reconvencciones sobre su insaciable ambición, á la cual lo habia sacrificado todo, aun la felicidad de la Francia entera. Cansando este discurso á Napoleón, se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su coche.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y solo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adios.

«El 25 llegamos á Orange, donde fuimos recibidos á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«El mismo día en el sitio en que debia mudarse de caballos, un poco antes de Avignon, encontramos mucho pueblo reunido que esperaba á Napoleón, y que nos acogía con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... Esta multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«Hicimos cuanto era posible por cortar este escándalo y dividir la muchedumbre que asaltaba su coche; pero no pudimos obtener de aquellos furiosos que dejasen de insultar al hombre que, decían, los habia hecho desgraciados, y que no tenia mas deseo que el de aumentar aun su miseria.

«En todos los lugares que atravesamos fue recibido de la misma manera. En Orgon llegó á su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada en que debia parar habian levantado una horca, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con una inscripción en el pecho, que decia: *Tal será, tarde ó temprano, la suerte del tirano*.

«El pueblo se encaramaba al coche de Napoleón y